Telón de Agora

LA ORESTIADA. LA LECCIÓN.

Adaptar LA ORESTIADA a la medida de nuestro teatro era labor muy difícil. En general, las adaptaciones de obras de este tipo degeneran casi siempre en comparsería monótona y de cartón. No teníamos demasiada fe. Sin embargo, ¿quién podía desinteresarse?

La tarea de Tamayo y los adaptadores contaba, *a priori,* con inquietudes diversas y de importancia en el posible espectador. ¿Cómo podía representarse la trilogía en el apagavelas de un escenario? ¿Dónde está en España el público que pueda escuchar, sabiendo por donde se anda, alusiones a la parentela mitológica? ¿Hasta qué punto el espectador español ha sido familiarizado con los linajes clásicos? ¿Cómo embutir tres obras en dos horas? Pero fuimos a ver LA ORESTIADA y resulta que la vimos. Y, en algunos instantes, lamentamos, incluso, lo poco que faltaba para ver una ORESTIADA de una vez.

Lo que faltaba no hay que cargarlo a cuenta de los adaptadores, sino de los intérpretes. No hubo más que tres intérpretes auténticos en el escenario, por el orden siguiente: Berta Riaza, *Electra;* Lola Alba, *La Nodriza* y Carlos Ballesteros, *Apolo.* Irene López Heredia no puede, como es lógico, ni tiene hoy nada que ver con *Clitemnestra.* Y Luis Prendes, en *Orestes,* ha perdido una gran ocasión en su carrera: la de ser buen intérprete de Esquilo. Estuvo rutinario, atropellado, monótono, sacudiéndose el papel frase a frase con verdadero encono y sin sentido. Nunca le habíamos visto así. El *corifeo* Bruguera resultaba un santón ininteligible. Faltaban, sobre todo, voces calientes, entonadas, jóvenes. Los papeles no estaban pidiendo años, sino vocalización y adecuados timbres de voz. Con un elenco joven, adiestrado, sumando a los actores elogiados otros que estuvieron discretos: Victoria Rodríguez, Luisa Sala, Avelino Cánovas, José Vivó, Antonio Ferrandis, etc., y con más ensayos—la obra es obvio que los merece—, la versión de Pemán y Sánchez-Castañer sería, en el escenario, impecable. Baste decir que, a pesar de lo expuesto, la trilogía constituyó algo digno de verse, sin perder emoción ni grandeza, sobre todo cuando hablaba *Electra* o *La Nodriza* o, pese al actor, vencía la palabra de Esquilo.

José María Pemán y Francisco Sánchez-Castañer han limado, cortado y respetado la trilogía con suma inteligencia. Esto es, precisamente, lo que nos ha hecho "verla". De otro modo, se habría hundido, con algún que otro destello, en un montón informe de palabras carentes de significado actual. En *Las Euménides* se ve, más que en *Agamenón* o en *Las Coéforas,* la "colaboración" con Esquilo de los adaptadores. Queda

bien clara "la validez universal de la Ley de la Justicia, y, sin embargo, la existencia en el cielo de una Voluntad o una comprensión que es superior hasta a la Ley", dicho sea con palabras escritas en el "Esquilo" de Gilbert Murray. Las antorchas que pide Palas Atenea y el apolíneo afán de luz del pueblo ateniense trascienden aquí, por el oleoducto anímico de la Historia, hasta el goethiano "luz, más luz". Quedan bien claras las "muchas y excelentes razones" a que alude Tamayo para ofrecer en nuestros días la representación de LA ORESTIADA. Una versión feliz.

José Tamayo ha dado amplitud y aire al escenario cubriendo de negro el muro del foro hasta la chacena, por la que hacen mutis los que entran al palacio de Agamenón. Burman ha idealizado con adecuación y sumo acierto la puerta de los leones de Micenas y una alegoría clara y sencilla en *Las Euménides*. Excelentes los figurines diseñados por Cortezo. Euterpe estuve a cargo de Halffter, con acordes para la intervención del coro—"Los cantores de Madrid"—, de arcaísmo auténtico, instrumental de viento y percusión y técnica de hoy para subrayar diálogos o acciones.

El T.E.U. de Zaragoza ha puesto en la Facultad de Letras LA LECCIÓN, de Eugene Ionesco, bajo la dirección de Alberto Castilla.

La obra no dejó de interesar, demostrando que "aquello" era teatro. Hubo al acabar un largo coloquio que confirmó, sobre todo, este interés del público.

LA LECCIÓN recuerda el expresionismo dadaísta. La poesía, como es sabido, pasó por él, y por supuesto la pintura, y Joan Miró sigue estando hoy más cerca del dadaísmo inicial que del surrealismo. Los personajes incoherentes, exentos de predicados intelectuales, de prejuicios y leyes de toda índole, permiten a Ionesco una pintoresca expresividad crítica en la que hay humor y una especie de poética abulia. Infrarrealidad de lo instintivo, con ribetes de sentimentalismo, de monstruosa ternura, como en el pintor Miró. En suma, empezar de nuevo contando sólo con inestimados restos, materiales y espirituales, de un mundo que ha fracasado.

Muy bien los intérpretes: Angeles Duerto, María Pilar Ayuso y Juan Antonio Quintana. La dirección, de Castilla, y la escenografía de Joaquín Alcón.

En *première* dedicada a la crítica, Dido, Pequeño Teatro de Madrid, dió la obra de O'Neill ANNA CHRISTIE. Es ya una pieza de museo, con sus galardones, recuerdos y cualidades, a la que el tiempo ha hecho inoperante. Recordemos unas escenas muy bien interpretadas por Milagros Leal y la reaparición afortunada de Ramón Durán, buen actor de carácter. Nuria Espert había sido durante mucho tiempo Gigi y, casi siempre, continuó siéndolo en un papel bronco que nada tenía que ver con aquél. Claudio de la Torre ha estrenado LA DESCONCERTANTE SEÑORA SAVAGE, del traído y llevado John Patrick. Versión española de Javier Regas. Sí. Mercedes Prendes estuvo muy bien. Y Lina Rosales. Y Angel Picazo. Y el público parecía contento. Nosotros no comprendemos cómo el autor pudo acabar una obra dialogada con tanto dinamismo, sí, pero tan innecesaria, aburrida y vacía.

MEDARDO FRAILE.